

¿No son luceros siempre los luceros
Aunque los copie el fondo del pantano ?

Oh cerebro : abandónala tu desvelo ;
Porque haya mal, el bien no se disputa ;
Tú lo sabes : Luzbel nació en el cielo,
Y cerca al lirio crece la cicuta . . .

El alma vive entre tu seno presa,
Y se aquilata entre tu pliegue impuro,
Cual vive y se aquilata la turquesa
Allá en la cárcel del filón oscuro.

Y en ti los pensamientos fatigados,
Viven fingiendo eternos horizontes,
Cual altivos condores enjaulados
Que sueñan con tormentas y con montes.

Pero un día se irán . . . ¡día de gloria!
Y, cual respuesta a tus soberbias locas,
Resonará sobre tu yerta escoria,
El beso de las almas sin las bocas . . .

GUILLERMO COTE BAUTISTA

TESTIMONIO DE CARÍÑO

Señoras, señores :

No porque estime que mi voz sea digna de la cara
fecha que se conmemora, sino porque recaído en mí el
honor de ser designado para tomar la palabra en ella,
no me era hacedero renunciar el cargo, por no ser legí-
tima la excusa de llenar los deberes que imponen la
amistad y la gratitud, es por lo que vengo a empañar
la magnificencia del acto, agregando a las palabras
pronunciadas por los elocuentes oradores e inspirados
vates que me han precedido, unas cuantas frases des-
provistas de elegancia, para las que pido benevolencia,
por ser ellas hijas de la más auténtica sinceridad. La
sinceridad en el fondo y la belleza en la forma han sido

en las veladas anteriores y en la de esta noche las dos notas características y dominantes : permitid que continúe rindiendo culto a la primera, y que me aleje de la segunda, porque no me ha revestido el cielo con los adornos preciosos de la buena oratoria.

Año tras año, desde que un presidente de la república, que ya mora en la eternidad, apoyándose en una ley vigente, tuvo el acierto de confiar la dirección de este Instituto a expertas manos de hábil piloto, se celebra esta fiesta de justicia y de cariño para tributar al doctor Rafael María Carrasquilla el homenaje a que se ha hecho acreedor por su labor fecunda, que no hay para qué rememorar, porque de ella son testigos la época pasada y el tiempo presente, y habrá de dar cuenta el porvenir.

Bien se merece esta espontánea manifestación de simpatía el ilustre Rector y el noble amigo que ha dado al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el brillo y esplendor de otras edades ; que restauró su facultad de jurisprudencia ; que hizo levantar en el claustro la efigie del Arzobispo dominico, fundador de este histórico Colegio ; que ha dedicado su vida y sus energías todas a la pesada tarea del magisterio ; que ha renunciado altos honores y dignidades por permanecer aquí difundiendo sus saberes y predicando el amor a la república, la adhesión a la silla de Pedro, la paz, la tolerancia, el bien y la verdad ; y que, en fin, ha sabido, con su ejemplo, enseñar a varias generaciones lo que significan ante Dios y ante los hombres el cumplimiento del deber y el culto al trabajo.

Esta fiesta, señores, que se prepara en medio del júbilo de los superiores y estudiantes, es una honra para el claustro, porque cuando se consuma un acto de justicia, el que lo realiza cumple un mandato de conciencia y el que lo recibe obtiene el reconocimiento de su derecho ; el que es objeto de ella recoge la ofrenda que legítimamente le cabe, y el que lo otorga devuelve algo que no era suyo. Al hacer esta fiesta, el

Claustro cumple, en ínfima parte, la deuda que tiene contraída con su Rector, exterioriza en público su gratitud, porque las manifestaciones del reconocimiento no tienen valor si se expresan en secreto ; y al propio tiempo satisface y dá gusto a aquel legítimo orgullo que le ordena congregarse en familia para respetar la tradición que aquí existe de ser caballeros y amigos fieles, y de hacer lo que los hijos cuando llega el momento de solemnizar los días clásicos de la casa solariega.

El doctor Carrasquilla recibirá complacido la manifestación que se le hace, verá en ella la aprobación y el aplauso de su obra, y se sentirá estimulado para proseguir sin descanso la tarea meritisima de enseñar al que no sabe y de guiar a la juventud por sendas que la conduzcan al triunfo en la vida y a la posesión de un porvenir no lejano. Esta fiesta es, para el doctor Carrasquilla, una muestra delicada del cariño que aquí se le tiene, del respeto que se le profesa, al par que un momento de dulce paz y de íntima satisfacción que se le proporciona en medio de su intensa vida de estudio y de trabajo, una tregua que se da actividad incomparable, a todas horas dispuesta a investigar lo desconocido, a llevar consuelo a las almas y a ganar adeptos y servidores para la Iglesia y para la patria.

El cariño que aquí se tiene al doctor Carrasquilla no es aquel mentido cariño que pasa fugaz cuando está inspirado por el interés o el capricho ; lejos de eso, es un cariño que perdura, que se acrecienta cada día, que viene a ser algo así como parte constitutiva de todo el que ha tenido el honor y la fortuna de ser miembro de la gran familia rosarista, de recibir de su jefe actual la benéfica influencia de su enseñanza, siempre docta, siempre acertada, de su consejo jamás inatinado, siempre discreto.

Comprobante verídico de que el cariño de que hablo no es, ni con mucho, flor de un día, ni llama que tienda a apagarse al dejar estos claustros para entrar en

el torbellino de la vida, es el hecho de que hace pocos años, cuando se intentó tratar con pocos miramientos al insigne Rector del Rosario, con ocasión de una torcida interpretación que se dio por algunos a las constituciones del fundador, se levantó una unánime voz de protesta de todos los ámbitos del país, y hasta de las más apartadas comarcas llegó la palabra de amistad de antiguos colegiales y alumnos de este Colegio, que hoy honran al claustro y a la república por sus talentos y virtudes.

En aquella ocasión de dura prueba, fue rodeado nuestro Rector por sus amigos y discípulos de todas las épocas y opiniones, y entonces fue ungido no solamente con el voto de los colegiales de número, que era lo que querían los pretendidos exégetas de las constituciones de fray Cristóbal de Torres, sino por el sufragio espontáneo del país, dado en forma de plebiscito y en medio de un delirante entusiasmo.

He querido revivir esta noche aquel incidente, penoso para los que tuvieron la desgracia de promoverlo, honroso para nuestro festejado de hoy, ya que él sirvió para levantar más, si cabe, su austera figura de varón ejemplar, de auténtico patriota y de distinguido ministro de Cristo Rey, porque cautiva y atrae más el nombre del doctor Carrasquilla cuando se le estudia en tiempos de borrasca que cuando se le considera en horas bonancibles. Si en tiempos de paz y de tranquilidad se respeta y acata la voz del sabio, del sacerdote y del maestro, en horas de angustia crece y aumenta la auréola de prestigio que se ha ganado en buena lid, y ante su humildad y mansedumbre, los mismos enemigos depoen las armas, reconocen que es santa la causa que él defiende, y se quedan atónitos al ver que tiene la misma resistencia de la roca para soportar impasible el embate de las olas, saliendo siempre después del empuje, más fuerte y más victorioso.

Si he hecho recordación de aquel desacato que quiso hacerse a nuestro Rector, no es porque en esta casa

se nos enseñe a guardar rencor por ajenas culpas, sino porque los hechos históricos no pueden ni deben echarse en olvido, porque ellos constituyen una enseñanza siempre nueva, y porque si aquí se recuerdan los tiempos, las épocas y sus consecuencias, se sabe asimismo perdonar a los hombres que en ellos actuaron. La caridad nos enseña que el perdón es noble y es grande, pero la filosofía nos aconseja que no dejemos de lado la experiencia, que es ayuda y compañera. Aquí perdonamos a los hombres, olvidamos sus errores, pero recogemos los hechos de la historia para sacar de ellos copioso fruto.

Siendo esta reunión de familia, excusable es que haya venido yo a poner mi escaso óbolo, porque llevo la honrosa insignia, que es para mí nobiliaria, de colegial de este Colegio Mayor, y esto sólo me habilita para tomar asiento al lado del Rector en el día de su natalicio, a fin de hacerle presente mi cariño, porque a cualquiera de los hijos puede permitírsele que rinda tributo a su padre, que hable con el corazón, ya que no con el entendimiento, y que exprese su gratitud con la sencillez propia del que siente y del que no puede adornar sus pensamientos sino con las galas de la sinceridad.

En este claustro, que está amparado [por el manto celestial de la Bordadita, y donde fray Cristóbal de Torres, con sus sabias constituciones, echó los cimientos que habían de socavar más tarde la vieja colonia, hice la carrera de jurisprudencia, y logré alcanzar después de esfuerzos de los cuales sólo Dios podría dar cuenta, una prenda valiosa que impone pesada carga de responsabilidad, que únicamente habilita para comenzar el rudo batallar, y que don Juan Sala llama con maestría "premio y testimonio de idoneidad en asuntos de ciencias, que uno se ha adquirido con sus propios sudores y vigiliias en beneficio de la república."

No soy, pues, un extraño en esta íntima fiesta de familia, porque fui estudiante de este Colegio, aquí hice mis estudios universitarios, formé mi voluntad y

recibí consejos y enseñanzas, que si no he sabido aprovechar lo suficiente, a lo menos no me ha dejado olvidar nunca esta casa, que fue la segunda para mí en orden de precedencia, pero a la que quiero con el mismo frenesí que a la de mis padres, porque si de ellos obtuve la vida, la fe que confieso orgulloso, y la prédica constante de la virtud y de la verdad, aquí acrecenté lo allá adquirido, y proseguí encaminando mis vacilantes pasos por el camino que ya me habían señalado mis progenitores.

Después de haber entrado en el diario afán de la vida, después de dejados estos claustros para ir en pos de lo que se nos enseñó en la cátedra, es un dulce consuelo el que experimenta el alma volver a ellos en día de regocijo, trayendo intactas al Rector y al amigo las expresiones de gratitud y de simpatía, que se han anidado en el corazón, que tuvieron su origen en la justicia, y que si no corresponden a los beneficios recibidos, es porque la pequeñez del agraciado no alcanza a subir, para dar cumplidas gracias, las mismas gradas por donde supo ascender a la gloria terrena, el que alcanzará como la última y definitiva aprobación de su vida, la bienaventuranza final para la que fuimos creados.

He dicho.

ALBERTO ABELLO PALACIO

LOS DIAMANTES

Tirado en el camino
había un collar radioso de diamantes,
diáfanos, rutilantes,
como de cuento mágico.

Aquel collar divino
se asemejaba a un pérfido asesino
que aguardara en asecho
para matar el corazón. Mil llamas
—fulgor de odio, fiebre de despecho,
ardores de venganza o de victoria,—